

Che veramente è rea, che de' mortali  
Madre è di parto e di voler matrigna.  
Costei chiama nimica; e incontro a questa  
Congiunta esser pensando,  
Siccome è il vero, ed ordinata in pria  
L'umana compagnia,  
Tutti fra sé confederati estima  
Gli uomini, e tutti abbraccia  
Con vero amor, porgendo  
Valida e pronta ed aspettando aita  
Negli alterni perigli e nelle angosce  
Della guerra comune<sup>24</sup>. \*

Leopardi, cantor de la tragedia del individuo, magnífico y libre-en su natural fracaso. Sin sueños de redención, sin acomodamiento a «lo que hay», abierto al dolor y a la extrañeza: ¿no hay aquí acaso una superación, *desde dentro*, del romanticismo? ¿Y no cabe vislumbrar una base fecunda: la igualdad de las diferencias, no *en* la diferencia, para establecer un programa político de una futura Europa que luche contra sus propios orígenes naturales, y contra toda tendencia a la identidad, sea étnica o religiosa?

No fue ésta, sin embargo, la vía seguida por el romanticismo político. Es verdad que el romántico rechaza, ciertamente, el cosmopolitismo abstracto y mecánico de la Ilustración y de su terrorífica hija, y abjura de toda la parafernalia pseudo-romana inventada por la Convención y seguida por el emperador. Pero en modo alguno tira por la borda el *mesianismo* revolucionario y el ideal de una unidad histórica y geográfica sin fisuras; al contrario, pretende perfeccionar el modelo revistiéndolo de la carne y sangre de los pueblos, antes sojuzgados por las élites dinásticas; en una palabra: entroncando místicamente el ideal unitario de la revolución en el ámbito cultural y político, y el ideal pluralista del fenecido sacro imperio romano germánico, reconducido a su vez a unidad gracias a la fuerza religiosa, bien sea de un Papa idealizado, bien de un nuevo mesías, que para un Schlegel sería ¡el propio Novalis!, quedando él, modestamente, de San Pablo de la nueva mitología. Por eso Schlegel, en una fecha tan tardía como 1828 (tras su corta y malparada aventura burocrática cerca de Metternich) contraponen a su mito de un nuevo *Kaisertum*, y como enemigos igualmente dañinos, tanto: *das künstliche Verhältnis eines bloss dynamischen Gleichgewichtes* («la artificial relación de un equilibrio meramente dinámico»: el de la Santa Alianza, justamente) como la de: *einer allgemeinen republikanischen Staatengleichheit* («una igualdad general republicana de estados»: la propugnada por el último Gioberti o por Victor Hugo)<sup>25</sup>.

Para bien y para mal, es la «anarquía verdadera» novalisiana, elevada a un aristocratismo utópico y progresista (el romántico no quiere volver al origen: quiere que el origen se realice de una vez, escatológica y quiliás-

<sup>24</sup> La ginestra o il fiore del deserto, vv. 126-135 (ed. cit., III, 43).

\* «Que verdaderamente es rea, que de los mortales/ es madre de parto y madrina de voluntad./ A esta llama enemiga y en su contra/ pensando ser una sola/ puesto que es verdad y ordenada al principio/ la humana compañía/ estimo a todos confederados entre sí/ a los hombres y a todos abraza/ con verdadero amor, aportando/ válida y rápida y esperando dolorosa/ los alternativos peligros y en las angustias/ de la guerra común.»

<sup>25</sup> Philosophie der Geschichte. 12. Vorl. (KA IX, 288).

ticamente), la que da sentido al romanticismo, y a su vertiente política. Para bien, porque el romántico (en el que míticamente se funden, como en el emperador coronado en Roma en 1801, revolución universal de los espíritus e imperio religioso de las almas), fustigará inmisericorde el aprovechamiento burgués de la sangre derramada por aquellos que bien merecían haber sido saludados como verdaderos primeros «europeos»: los muertos de la *Grande Armée* napoleónica. Oigamos la voz apocalíptica de Schlegel (del mismo hombre que, por las mismas razones profundas, pondrá en relación después el nombre de Jesús con la «Glorificación del Cordero en el Apocalipsis»<sup>26</sup>):

El hombre doméstico se configura según el modelo del rebaño en el que viene justamente alimentado, y especialmente según el del pastor divino; cuando está maduro, se planta y renuncia al necio deseo de moverse libremente, hasta que al fin se petrifica. ... Cifra su felicidad en haberse convertido en un número de la suma política, y puede considerarse acabado en todo respecto cuando, al final, deja de ser una persona humana para transformarse en una *figura* (*Figur*). Y como los individuos, así la masa. Se alimentan, se casan, engendran hijos, envejecen y dejan tras de sí hijos que a su vez viven así, y que dejan tras de sí hijos semejantes, y así al infinito<sup>27</sup>.

Ni Schlegel ni ningún romántico quiso convertirse en una *Figur* (hoy diríamos, en un *Fachidiot*: en un «idiota especialista»). De ahí la constante búsqueda de quebrantamiento de géneros, de ahí la irrupción de la poesía y el arte en la *vida pública*, de ahí el deseo de transformación interna, *íntima* de los hombres en sociedad. Sabían, con Novalis, que la «siniestra ocupación mercantil (*Unselige Geschäftigkeit*) devora el celeste vuelo inminente de la noche»<sup>28</sup>, y que sólo la *Weg nach innen* de la *contemplatio* podía dar sentido a la activa mirada hacia fuera, a la *Selbsttätigkeit*, de modo que sólo entonces pueda el poeta-ingeniero cantar: *Gern will ich die fleissigen Hände rühern* («Con gusto moveré las manos laboriosas») <sup>29</sup>. Sabían, con Görres, que sólo en un obrar moralmente orientado tiene «la actividad práctica su genio»<sup>30</sup>, y que un presente no centrado en la relación del individuo/genio con el pueblo/Dios no sería otra cosa sino «en cierta medida un único y gran bostezo»<sup>31</sup>.

Los románticos no han querido interpretar el mundo (como si éste fuera un decorado fijo y estático, listo para ser descifrado), sino transformarlo... comenzando por la disposición misma del individuo, o sea: pretendiendo en primer lugar una revolución interna («preguntando a los padres», como decía poéticamente Görres). Y como renegaban de la nación-Estado (la propia, según les repetían los detentadores de la propiedad) se forjaron el ideal de una nación de pueblos, construyendo además una línea de ancestros espirituales (Homero, Píndaro, Dante, Shakespeare, Calderón, Milton) en la que una futura Europa podría reconocer su procedencia. Pero no renegaron del ideal revolucionario de una fraternidad universal: sólo buscaron

<sup>26</sup> Zur Geschichte und Politik. (1823) KA XXII, 157 (136).

<sup>27</sup> Über die Philosophie (1799). KA VIII (49).

<sup>28</sup> Hymnen an die Nacht. 2 (Werke, Berlin y Weimer 1983, pág. 4).

<sup>29</sup> Ib., 4 (op. cit., pág. 6).

<sup>30</sup> Gesammelte Schriften. Hrg. v. W. Schellberg, Colonia 1926 s., III, 49.

<sup>31</sup> Ibid., III, 368.

insuflar alma a ese ideal, proponiendo como modelo una figura individual ejemplar.

Veamos lo que nos dice de la revolución el supuesto apóstol de la nostalgia y la reacción, el mesías de la (frustrada) nueva religión, Novalis:

La mayoría de los observadores de la revolución, especialmente los prudentes y entendidos, la han tenido por una enfermedad mortal y contagiosa. Se han quedado estancados en los síntomas... No se habían dado bien cuenta de que esta presunta enfermedad no es sino la crisis de la pubertad inminente (*eintretenden*)<sup>32</sup>.

Son las palabras de un hijo de la revolución que pretende ir más allá de ésta: la revolución como pubertad del adulto que será Europa, de acuerdo con la analogía —bien ilustrada— entre el crecimiento del individuo y el del pueblo: «Un hombre perfecto es un pueblo en pequeño». Pero inmediatamente antes, el presunto retrógrado había afirmado: *Wir sollen ein Volk werden*: «Es nuestro deber llegar a ser un pueblo»<sup>33</sup>. Sólo así, como mito *hiperilustrado*, cabe a mi ver entender ese espléndido himno en prosa que es *Die Christenheit oder Europa*. La Edad Media allí cantada no es un ideal al que volver, sino un *eschatón*: el sueño regulativo del futuro<sup>34</sup>. Es verdad que en esos tiempos brillantes había *una sola (Ein) fe*, un solo y grande interés común y *un solo* soberano (el Papa), que unificaba las fuerzas políticas (advértase el afán metafísico de unidad y totalidad que brilla en esas repeticiones de *Ein*, subrayadas por Novalis). Pero no menos verdad es que no estaba a la altura de la cabeza el cuerpo, o sea: «la humanidad», «por no estar suficientemente formada» (*gebildet*: «ilustrada»). Por una parte iba el amor unificante, por otra la vida cotidiana del comercio y los negocios (faltaba justamente la formación interior del individuo, el camino hacia dentro). De ahí la escisión; y de ahí también la necesidad de la reforma, afirmada con todo vigor por Novalis contra quienes lo acusan de «catolizante» (en él, «católico» guarda el sentido original de «universal», sin identificarse con el Papado romano, y menos con el de su tiempo. Por eso la tarea actual es en Novalis exactamente la misma que en Kant y en los tres amigos «revolucionarios» de Tubinga: *das Himmelreich zum einzigen Reiche auf dieser Welt zu machen* («hacer del reino de los cielos el único reino en este mundo»). La única acusación que Novalis dirige contra los reformadores protestantes es justamente aquella por la que también por nosotros podrían ser tildados con razón de reaccionarios y oportunistas: «Haber encerrado, de manera antirreligiosa, a la religión dentro de límites estatales». Y, posteriormente, la acusación típicamente ilustrada, kantiana: haber entregado la religión a la filosofía, quedándose *en la muerta letra*. De esta manera, y en perfecta concordancia con el Hegel de la *Filosofía de la religión* de 1821 (el cual no podía conocer el poema, publicado póstumamente en 1826), Novalis pone el dedo en la llaga por lo que

<sup>32</sup> Blütenstaub (105). (Werke, pág. 301).

<sup>33</sup> Blütenstaub (49). (Werke, pág. 287). Ver el siguiente par. 50: «Toda etapa de formación (Bildung) comienza por la niñez».

<sup>34</sup> Dada la brevedad del poema en prosa, remito en general a su reproducción en P. M. Lützel, op. cit., págs. 57-79, o a Werke, págs. 325-346.